

*Elena Martín Vivaldi y Julia de Burgos: Hermanamiento poético.* Actas del Congreso Internacional celebrado en Granada, en diciembre de 2014. Coordinación y edición de José Manuel Darro. Universidad de Granada, 2017.

Mercedes López-Baralt, Ph. D.  
Profesora Emérita  
Universidad de Puerto Rico

Estamos ante un libro excepcional. Primero que nada, por su homenaje a dos grandes poetas, cada una original y única, separadas por un océano y a la vez hermanadas de muchas maneras en la poesía. El volumen contiene una antología poética con poemas emblemáticos de ambas; una antología poética en torno a las dos, de la autoría de poetas españoles y antillanos; un poema de Lorca y un epílogo del pintor y escultor que hizo posible el doble milagro del congreso y sus actas. Vale advertir que dos andaluces forman el eslabón que vincula a las poetas: Lorca, a quien ambas homenajean con sus versos, y Darro, quien las ha hermanado en la poesía.

Los poemas de Elena Martín Vivaldi incluidos en el libro son «Las ventanas iluminadas», «Primera palabra», «Noche y mar», «Reverso», «Lluvia con variaciones», «Dafne», «Jacinto», «Ginkgo biloba [Árbol milenario]», «Árbol universo», «Eternidad», «Hablo al hijo» y «Homenajes a Federico García Lorca». De Julia de Burgos, «Poema a Federico», «Poema del hijo no nacido», «Río Grande de Loíza», «El mar y tú», «Ay ay ay de la grifa negra», «Ochenta mil», «A Julia de Burgos», «Farewell in Welfare Island», «Dadme mi número», «Poema para mi muerte», «Íntima» y «Es un lamento». Entre los poetas que las homenajean se cuentan Aitana Alberti, Vanessa Droz, Pedro Enríquez, Luis García Montero, Pedro Mir, Dalia Nieves Albert, Etnairis Rivera, Juan de Loxa y Elsa Tió. Antonio Sánchez Trigueros, José Gutiérrez, José Ignacio Fernández Dougnac, Álvaro Salvador y Carmelo Sánchez Muros comentan la poesía de Elena; Ivette López Jiménez, Yolanda Ricardo,

Marcos Reyes Dávila, María Consuelo Sáez Burgos, Zoraida Santiago, Norma Valle, María Luisa Sherezade Vicioso, Ivonne Belén, José Manuel Darro y Mercedes López-Baralt, la de Julia.

La poesía de Elena Martín Vivaldi se asedia en estos ensayos críticos desde diversas perspectivas. Sánchez Trigueros advierte el contraste entre dos corazones lastimados: el de Elena, de serenidad impenetrable, frente al de Julia, de dramatismo agónico. José Gutiérrez ve en el romanticismo la fuente de la «radical soledad» de una poeta que canta, no lo perdido, sino lo no alcanzado, evocando el *nevermore* del poema de Poe. Fernández Dougnac advierte que Elena acepta su soledad y la entiende como *cumplida*, ya que es motor de su escritura y la ha catapultado a una profunda comunión con la naturaleza. Mientras, Álvaro Salvador recuerda cómo Elena se sintió «profeta en su tierra» granadina, por la admiración que suscitaba entre los poetas jóvenes. Carmelo Sánchez Muros reconoce que compartía con ella una soledad *gemela*, aunque nunca se la expresaron el uno al otro en confidencias íntimas. Y nos deja, de sus encuentros en Granada, hermosas estampas testimoniales.

En lo que concierne a Julia de Burgos, Ivette López Jiménez desmonta el mito de la mujer fracasada que han suscitado algunos retazos de su biografía, y examina su poesía desde el tema de la distancia, ligado a su destierro en Nueva York, pero sobre todo, a su negación de aceptar credos y normas. Tema muy presente en *El mar y tú*, cuyas imágenes de puertos, anclas y navíos se centran en la idea de lo lejano. Yolanda Ricardo inserta a Julia en la tradición de los poetas que contemplan el horizonte marino; Marcos Reyes Dávila combate la versión lacrimosa de una Julia doliente, y subraya la importancia de su poesía anti-imperialista. Su sobrina María Consuelo Sáez Burgos pondera su valentía ante la adversidad social, histórica y amorosa, y la cantautora Zoraida Santiago nos cuenta su aventura poético-musical con Julia, de la que ha musicalizado varios poemas. Norma Valle Ferrer la calibra como feminista y como ícono popular. Sherezade Vicioso hace un recuento de las distintas dimensiones de su poesía, que van desde el lirismo trágico y el erotismo hasta la solidaridad de su visión panamericana. La cineasta Ivonne Belén nos invita a descubrir los tras bastidores del proceso de filmación de su exitoso documental,

*Julia, toda en mí.* Y la que escribe estas líneas rescata a Julia como un mito creador de mitos, partiendo del símbolo dominante de su poesía, el agua.

Por lo ya dicho, el volumen que reseñamos hoy no solo entraña una importante aportación a la bibliografía crítica de ambas escritoras, sino que constituye un rico muestrario de la poesía contemporánea antillana y española.

Sin olvidar que el libro es en sí mismo un artefacto artístico, ya que entrevera la palabra con la imagen. Su diseño, de la autoría del editor, constituye un deleitoso ejemplo de poesía visual, desde sus portadas hasta la pintura y los dibujos de Darro, intertextos que recorren el libro, sobre todo en la primera parte, dedicada a la poesía. No podía ser de otra manera: el editor es un artista reconocido internacionalmente, y celebrado en Granada por sus exposiciones de pintura y su monumental estatua de don Fernando de los Ríos, el recordado Ministro de Cultura de la segunda república española. El material gráfico que engalana el libro incluye bocetos a grafito del rostro de las poetas, y en el caso de Julia, también sus ojos y su cuerpo flotando en las aguas del río que tanto amó. También figura, en la sección correspondiente a Elena, la reproducción –esta vez en azul– del cuadro de Darro que celebra el árbol amarillo de su poesía. Las coloridas portadas lucen mariposas entre una fronda del *verde que te quiero verde* del granadino universal que es Lorca, en homenaje al motivo que cifra la ambición de vuelo que comparten las dos poetas. Y las portadillas le hacen un guiño al lector caribeño, pues nos muestran una coreografía de petroglifos taínos que evocan el origen arahuaco de la cultura antillana.

Pero también se trata de un libro puente. Entre América y España, entre el Caribe y Granada. Puente de palabras en el que se abrazan dos poetas no solo en la lengua, sino en la variante del español que se remonta a Andalucía, y que arropó a toda Hispanoamérica. Puente que es a su vez embajada errante, pues ambas poetas viajan para dar a conocer sus versos en puertos lejanos.

A la vez, es un libro femenino, en el que dos mujeres celebran la *soledad cumplida* (la frase es de Elena), trocando el desamor en versos. Y aferrándose ambas a la naturaleza. Elena celebra con regocijo panteísta el amarillo del otoño y le canta, hasta convertirse en Dafne, a

sus árboles más queridos: cipreses, pinos, tilos, jacintos, magnolios y chopos. Julia inmortaliza uno de los emblemas de la naturaleza puertorriqueña al celebrar el Río Grande de Loíza, al que nombra como su río-hombre, y tras hacer el amor con él emerge como Diosa del agua para crear su propio universo líquido.

El volumen cierra con un ensayo de José Manuel Darro, titulado «Los colores en la poesía de Elena Martín Vivaldi y Julia de Burgos», en el que asedia la vocación colorista que enriquece los versos de ambas poetisas, transformándolos en lienzos de palabras. Broche de oro para un libro dual, en el que se abrazan las artes plásticas y la poesía.